

## RECUERDOS CON HISTORIA, 112

### ALGUNOS EMBLEMAS DE LICENCIADO... DE LA "MILI"

Estando como estamos acostumbrados a importantes estudios, serios y trascendentes, relativos a objetos históricos de carácter castrense y visto que éstos llegan a alcanzar cotas de concienzudas tesis, suele ocurrir que quedan olvidados pequeños detalles que, en su día, también tuvieron su protagonismo aunque fuera de menor calibre. Todos, los principales y los secundarios, los graves y los sencillos, ocuparon su lugar en la Historia y merecen atención.

No nos vaya a ocurrir como a Fabrizio del Dongo, el joven que describió Stendhal en "La Cartuja de Parma" y que participó como soldado en el napoleónico combate final. El chico quedó arrebatado por el tronar de los cañones, le subyugó el lejano estruendo de la carga de caballería del mariscal Ney, le fascinó el "Parfait Amour", aquel fuerte licor que servían las cantineras... todo lo importante quería verlo y abarcarlo y, en su intento, ni reparó en el paso de Napoleón frente a sus narices. Al final, el soldado, herido y maltrecho, es evacuado por los sanitarios sin llegar a saber ni siquiera quién resultó vencedor o vencido, qué pasó con Ney y ni si por allí, cerca del inmenso campo de batalla, había un pueblecito llamado Waterloo. Es decir, que el pobre Fabrizio estuvo en todo pero no vio nada.

Ahí queríamos llegar. Cañones, chacós, uniformes, sables, fusiles... Lo importante ha sido mil veces trabajado a fondo. Y lo sigue siendo. Sin embargo, allá, por el suelo, quedaron los restos de un galón de cabo o los hilachos de una escarapela tricolor por los que su propietario expuso su vida en un desafortunado momento de su mocedad. Nadie repara en tan poca cosa.

Así pues, vayamos hoy, si se nos permite, a poner en valor un emblema "menor". Escudo secundario, simplón, tal vez insignificante pero que existió y más de cuatro aún lo conservan con cariño en el fondo del cajón de un antiguo escritorio poblado de viejas fotos, dos tirachinas, tres

canicas, media docena de gastados lápices de colores marca Alpino y un sinfín de remembranzas íntimas e intransferibles.

**Antes**, cuando se debía cumplir con el servicio militar, los soldados de reemplazo que nos incorporábamos como reclutas en un CIR quedábamos sorprendidos de la profusión de emblemas, distintivos y demás indicativos multicolores que lucían en los uniformes los oficiales y suboficiales en función de la especialidad o destino de cada cual.

**Ahora**, en tiempos en que las quintas van quedando relegadas al “baúl de los recuerdos” y las nuevas generaciones ignoran por completo lo que fue para muchos su peripecia de mozallón en un regimiento de Caballería o en un buque de la Armada, es cuando afloran los recuerdos que, por sí solos, adquieren carácter nostálgico y presentan matices de añorada juventud.

Basta un simple emblema, aparecido en rastrillo dominguero, para despertar sentimientos y para que, retrocediendo mentalmente medio siglo los que ya hace rato que somos “seniors”, sintamos la punzada del pasado que aquel emblemilla, puro “recuerdo con historia”, la nuestra, nos ha evocado en un segundo.

A eso vamos, a los emblemas de veterano, aquellos que los soldados “padres” o “lilis”, a falta de media semana de agarrar “la verde” (antaño “blanca paloma”) y regresar a casa, se colocaban en el brazo izquierdo, cerca del hombro, y lo colmaban de cintas de colorines como recapitulación y resumen de su etapa castrense.

Igual como hacían los componentes de una tuna pero en plan militar. Podríamos llamarlos “rombos” puesto que esa era una de las formas comunes aunque, a decir verdad, hubo infinita variedad de formatos pues esos elementos nunca respondieron a reglamentación alguna. Fueron fruto de la imaginación de sus “fabricantes” (que a veces los vendían como rosquillas en las mismísimas puertas de los cuarteles) o el resultado de la destreza manual de más de un soldado veterano. Sólo al final se decidieron las casas de efectos militares por ofrecer algunos modelos “tipo” que, dicho sea de paso, tal vez hicieron perder algo de la fresca originalidad de los confeccionados hábilmente en los cuarteles.

Hay quien les llama escarapelas y hay quien no los cita nunca en sus trabajos sobre emblemática. Sí aparecen en el grueso volumen de los señores Carlos Lozano y Ángel González que los presentan con el adecuado nombre de “Distintivos del Adiós...” Así pues, con un **Distintivo del Adiós** bien anclado con imperdibles, el veterano regresaba a su terruño no sin antes abrazar con contenidas lágrimas (o sin contener) a los compañeros que dejaba en el cuartel.

Por sus formas y diseños se puede deducir con claridad el lugar dónde sirvió el “licenciado” y por la lectura de los escritos de sus cintas podemos saber la época, la ubicación de su CIR, el día de su jura de bandera, los meses que duró su permanencia en filas, los ascensos si los hubo, el nombre de la novia, el de su pueblo y el día en que celebró la curación de su peroné roto, durante unas maniobras, por una mala caída desde la torreta de su M-47...

En los extremos inferiores de las cintas solían colocarse unos pequeños cascabeles cuyo sonido, a poco que se reuniera media compañía con destino a la caja del camión que los llevaría a la estación o puerto de embarque, hacía redoblar el jolgorio del grupo amén de medio divertir al sufrido sargento encargado de la expedición.

Llegados a destino, ubicados cada veterano en su villa o ciudad, empezaba la vida de trabajo y la creación de una familia. El emblema de las cintas guardado en el oscuro cajón de una cómoda. Acababa de pasar a la ilustre categoría de recuerdo afectivo de juventud.

Cincuenta años más tarde:

-“¿Qué es esto abuelo? ¿Qué son esas cintillas de colorines?”

-“¡Huy, esto! Pues mira yo, una vez, de joven, hace muchos años, serví en el Regimiento de...”

Y el abuelo, releyendo las cintas, casi oyendo el toque de diana de una lejana corneta, intenta ocultar un par de lagrimones de grueso calibre.

Luego, cuando los nietos se van, entona a media voz la siempre marcial, emotiva y vieja canción “Margarita se llama mi amor...”

**Vicente Navarro Serra**

**Enero 2018**



Los licenciados de Infantería de Marina lucieron magníficos emblemas como el de la imagen. Resulta muy adecuada la combinación de metales en tonos plata para el ancla y oro para los fusiles. Todo sobre un blasón de fondo negro cuyo perfil, muy hispano, suele llamarse por los heraldistas en piel de toro o casulla.



Un clásico de la Armada Española de los años 1950 que no debía resultar barato al adquirente. La reunión superpuesta de remos, ancla y timón resulta, cuando menos, espectacular. En el centro, la Virgen del Carmen patrona de la marinería.



Sin embargo, es muy posible que, en los años de mediados del siglo pasado, los emblemas triunfadores a usar por los licenciados de la Armada fueran algunos de los muchos tipos de aire más “artesanal” y confección menos “severa” aunque sí muy alegres y vistosos.



En otro orden de diseño presentamos un par de emblemas empleados por soldados que sirvieron en Caballería, concretamente en el Regimiento Numancia nº 9. Sus variados diseños, entre lo naíf y lo cómico, tuvo mucho éxito.



Emblema del adiós poco visualizado: el que usaron los soldados licenciados que sirvieron en la élite de las tropas de montaña, es decir, Esquiadores Escaladores: E.E.



Para finalizar este brevísimo repaso observemos los objetos que se podían adquirir al empezar y al acabar el Servicio Militar: campamento, jura y despedida del destino tocado en suerte. Memoria de nuestra pequeña historia.